

ECOLOGÍA: EL NUEVO DIOS VERDE

Siendo que las interrelaciones prácticas entre los seres racionales y libres, adecuadamente conformadas hacia un fin común, reducen una pluralidad desarticulada de hombres en un grupo o comunidad humana, esa finalidad no puede ser otra que un bien de mayor grado de perfección del de cualquiera de sus partes que, como real causa universal, beneficie a cada uno de sus integrantes, a condición que los mismos accedan a tal bien cumpliendo una función parcial en el todo social. Por otra parte, si ser y unidad se implican ontológicamente, quebrada la unidad desaparece el ser, o el ser no aparece hasta que no se conforme su unidad intrínseca. Por eso, cualquier sociedad protege su identidad de ser tal, en la medida que vele por el equilibrio y la armonía de la unidad práctica de orden en la que consiste su ser.

Es la paz, entonces, el ámbito por excelencia en que pueden lograrse los fines existenciales de las sociedades humanas. Una paz entendida no como la ausencia de tensiones para que cada individuo recorra su propia ruta, sino como “tranquilidad en el orden” –al decir de S. Agustín¹-, orden armonioso en que se pueda practicar el “bien vivir” –al decir de S. Tomás de Aquino siguiendo a Aristóteles²- que es el máximo bien común sólo alcanzable en la sociedad política o Estado, porque es la sociedad humana más plena en razón del fin que tiene a su cargo. Y, si se trata de la sociedad que acoge a la humanidad toda, es también un orden armonioso y rico en valores, el ámbito real y efectivo para la práctica de metas comunes, en recíproca colaboración y solidaridad entre las diferentes “polis”, lo cual ha sido deseo y esperanza de todos los hombres de buena voluntad desde que se fundaron los estados nacionales hasta la actualidad.

Sin embargo, la unidad social es muy peculiar, análoga al amor humano, pues en ambos casos no se anulan los sujetos personales, sino que es condición necesaria de la unión social o del amor que no dejen de ser tales y que la donación al otro sea plenamente libre y con clara conciencia de pertenecer y compartir. La misma analogía es aplicable a la sociedad de la humanidad toda respecto de los estados nacionales, pues la colaboración y la hermandad no son posibles sin el intercambio enriquecedor desde las diversas identidades nacionales.

¹ *De Civitate Dei*, L. 19, c. 13.

² *Coment. a la Política de Aristóteles*, L. I, lectio 1.

¿Ese deseo y esperanza de todos los hombres de buena voluntad se está cumpliendo en el fenómeno actual de la “globalización”? Ciertamente pareciera ser ésa la intención de sus propulsores.

En sus orígenes, la globalización se ha manifestado desde una perspectiva económica y financiera de un nuevo orden mundial, bajo la bandera de propender el desarrollo y el progreso de todos los pueblos. Vale decir, una globalización de la economía, de los mercados, de la competencia por los puestos de trabajo, de la producción, de la prestación de servicios, de las finanzas, de la información y de las comunicaciones. En principio, entonces, se ha gestado como fuera del marco político de los estados nacionales e investida de cierta apoliticidad. Lo que en realidad ha ocurrido es que su misma retórica ha presionado el final de la política al auspiciar una *salida de lo político* del marco categorial del Estado nacional³. Hoy, la retórica de la globalización se ha transformado en una “politización global”. Es la oferta de un nuevo estilo político de vida para los individuos y para las sociedades, comprendidos bajo una cultura global y hasta una ética global, sin perfiles y sin identidad, con el somero equilibrio del consenso.

Ahora bien, en esta cultura global, la ecología ha resultado un recurso muy eficaz, haciéndose cargo y delineando toda la cosmovisión postmoderna. Así, lo que ha comenzado como el necesario e impostergable cuidado del medio ambiente, ha avanzado (instrumentalizado por el “ecologismo fundamentalista”) en una propuesta de vida social naturista, por momentos bucólica, comprometiendo a la biología en el rescate del evolucionismo y arrastrando o sosteniéndose en teorías filosóficas, y hasta teológicas, con una visión ecológica infrahumana de la sociedad y de la realidad en su conjunto.

En la medida en que la globalización no suplante las políticas nacionales y la ecología ocupe su lugar específico, poniendo límites a la biotecnología y a la explotación desmedida de la naturaleza, ambas serán herramientas idóneas para que aquel deseo y esperanza de todos los hombres de buena voluntad se haga realidad.

³ “¿Por qué la globalización significa politización? Porque la puesta en escena de la globalización permite a los empresarios, y a sus asociados, reconquistar y volver a disponer del poder negociados política y socialmente domesticado del capitalismo democráticamente organizado. La globalización posibilita eso que sin duda estuvo siempre presente en el capitalismo, pero que se mantuvo en estado larvado durante la fase de su domesticación por la sociedad estatal y democrática: que los empresarios, sobre todo los que se mueven a nivel planetario, puedan desempeñar un papel clave en la configuración no sólo de la economía, sino también de la sociedad en su conjunto, aun cuando ‘sólo’ fuera por el poder que tienen para privar a la sociedad de sus recursos materiales (capital, impuestos, puestos de trabajo)”, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Ulrico BECK, Paidós, Buenos Aires, 2004, p. 16.

1. Ecología y ecologismos⁴

El cuidado de la naturaleza y particularmente de su biodiversidad ha tomado especial urgencia en la actualidad por la capacidad destructiva del hombre que, al alterar la vida en general, atenta contra la existencia humana en el planeta. Cada vez surge una nueva denuncia de instituciones, gubernamentales o no gubernamentales, sobre la degradación del ambiente, la progresiva mutación o desaparición de especies, el cambio climático, la desertización aguda del planeta, la lluvia ácida, los agujeros de ozono, la contaminación por el uso de combustibles, la aparición de nuevas plagas y enfermedades, etc. Por otra parte, está surgiendo una conciencia ecológica que busca limitar los avances científicos, sobre todo de la biotecnología, y sanear los centros urbanos, en la medida que, atentando contra el ambiente natural, se atenta contra la vida humana. Urge una reflexión cosmológica, antropológica y ética sobre la vida, que ha de incluir también al medio ambiente, porque el hombre es un viviente natural y porque los perjuicios contra la vida en general involucran la misma responsabilidad humana. Incluso hoy en día, dentro del cristianismo, surgen propuestas teológicas (de distinto sesgo⁵) claramente preocupadas por el futuro del medio ambiente.

La palabra "ecología" está siendo utilizada con diversos sentidos: a) una ciencia experimental nacida de la biología, que suele incurrir en un ecologismo tecnocrático; b) un paradigma de racionalidad, propio del ecologismo fundamentalista o radical; c) una reflexión ética y política sobre las relaciones del hombre con la naturaleza, sustentada por el ecologismo "personalista". Para el primero, el ser humano aparece como un productor y un consumidor; para el segundo, la tierra es el único ser vivo y todo lo que habita en ella está en función de la tierra. El ecologismo personalista (al que me adscribo) entiende que la naturaleza no es sólo un conjunto de fenómenos explicables y susceptibles de experimentación, sino de significado para el ser humano y su comportamiento. Lo óptimo es un equilibrio, entre las necesidades humanas fundamentales y la calidad del desarrollo humano y, por otro lado, la moderación y el desprendimiento frente a ciertos valores secundarios que aportan beneficios al bien común del planeta.

2. Tomás de Aquino y la ecología

En Tomás de Aquino, aunque sin usar el término y el concepto como tal, encontramos más que un tratado de ecología, y desde las cuatro perspectivas anunciadas: cosmoló-

⁴ Cf. María C. DONADÍO MAGGI de GANDOLFI, *Biodiversidad y Biotecnología. Reflexiones en Bioética*, EDUCA, Buenos Aires, 2004.

⁵ Al respecto, me ha sido de utilidad el libro de Ian BRADLEY, ministro de la Iglesia de Escocia, *Dios es "verde"*. *Cristianismo y medio ambiente*, Sal Terrae, Santander, 1993.

gica, antropológica, ética y teológica. Pensemos en su tratado sobre la creación, también en su cosmología, que se asienta sobre un concepto fuerte de naturaleza, cuya defensa y cuidado articula toda su cosmovisión natural y científica. Su antropología, en que se ubica armoniosamente al hombre en el cosmos, respecto de sus congéneres y del Supremo Creador y Providente. Su moral, que es articulada de forma tal que la dignidad de la libertad consiste en reafirmar las mismas tendencias naturales que orientan la existencia humana hacia su destino y felicidad en este mundo y al gozo celestial en la Vida después de la muerte. Algo más. La clave interpretativa de toda la obra tomasiana es aquello que expresé al inicio: la comprensión del devenir humano y cósmico es el orden, el equilibrio y la armonía. Así lo convalida su dialéctica del todo y la parte, de lo perfecto y lo menos perfecto, del bien común y el bien particular, de la fe y la razón, incluso de lo natural y lo sobrenatural, de la naturaleza y la gracia.

a. Cosmología ecológica: toda la creación es buena

El ecosistema natural es lo que los antiguos denominaban "lugar natural", pues refiere al ambiente, al entorno, con sus componentes y sus relaciones vinculantes. En general, a un sistema lo integran una pluralidad y un principio que articula la pluralidad en el sistema. Por eso, cualquier sistema es un orden o una organización, con una serie de relaciones vinculantes entre la pluralidad y el principio de orden y viceversa, y de las partes entre sí. No se explica por la simple suma de las partes, porque son "partes en el todo", el todo las comprende y las excede permitiendo una participación de las partes en el todo que va más allá de sí mismas. Es el concepto teleológico de *bien común*, el cual es una forma diferente del "bien particular", como diferente es la forma del "todo" respecto de "cada parte". De ahí el concepto de "causa universal" referida al sol en el orden natural, pues al ser una causa más perfecta (superioridad de su energía), extiende su virtud causal por encima de los géneros y las especies. La perfección de la naturaleza se encuentra en el orden, en el equilibrio y no en el acrecentamiento desmesurado de alguna de sus partes, porque necesariamente va en detrimento del resto⁶.

Dios vio cuanto había hecho, y era muy bueno⁷. Toda la Creación proviene de la bondad divina, incluso más, la diversidad y multiplicidad de los entes nos revela la magnánima

⁶ "El bien del universo excede el bien particular de cualquier naturaleza creada, como el bien de la humanidad excede el de un hombre (I Ética Nic. cap. 1). Si se diese el caso que alguna naturaleza mutara porque fuese trasladada a un orden superior, aunque en esa naturaleza se daría el acrecentamiento de algún bien, sin embargo, la bondad del universo en algo disminuiría, porque no se cumplirían todos los grados de bondad, en tanto que aquel grado del cual fue trasladada tal naturaleza quedaría vacío, *Sentencias, II, q. 1 art. 2.*

⁷ *Génesis*, 1, 31.

intensidad del amor divino, al querer conferir los mayores bienes posibles. “La distinción y multitud de las cosas provienen de la intención del primer agente, que es Dios. En efecto, Dios confirió el ser a las creaturas para comunicarles su bondad y representarla a través de ellas. Pero, como esa bondad no podía representarse convenientemente por una sola creatura, produjo muchas y diversas, a fin de que lo que faltaba a cada una para representar la divina bondad se supliese por las otras. Porque la bondad que en Dios es simple y uniforme, en las creaturas es múltiple y fraccionada. Así, la bondad de Dios está participada y representada de un modo más perfecto por todo el universo en conjunto que lo estaría por una sola creatura, cualquiera que ésta fuese”⁸.

Esta relación entre amor divino, ser y bondad que manifiesta que todas las creaturas son buenas, también se explica ontológicamente, según Tomás, porque es una propiedad trascendental a todo ente el que sea bueno, y porque las tendencias naturales, por las que se completa cualquier ente en su devenir, están orientadas a la perfección y el bien. Nuevamente una posición de equilibrio de Tomás como previniendo teorías extremas que avalan los ecologismos contemporáneos. Así, se aparta del *cosmocentrismo*⁹, que sostiene una estructura determinista y mecánica del cosmos, donde el hombre es un simple observador, regulado por la misma coacción de las leyes físicas. También del *biocentrismo*, preocupado por la protección de la vida en general, que pone todo al servicio de esta causa, afirmando un vitalismo exagerado que da a la vida una presencia "virtual" en toda la materia inerte. Mucho más del *antropocentrismo*, el cual, apoyado en las modernas biotecnologías, considera que la realidad existente está solamente en función total del viviente humano¹⁰.

Creacionismo vs. Evolucionismo. Causalidad y Casualidad (azar). Desde la modernidad en adelante se ha querido interpretar el *naturalismo* aristotélico-tomista como "fijismo", en tanto que sostendría que las formas vivas, una vez producidas eternamente o creadas en el tiempo, no sufrirían cambio alguno. Empero, tal atribución de "fijismo" no es aplicable al naturalismo aristotélico-tomasiano en esos términos, porque la sustancia y la naturaleza de la sustancia, no es un substrato estático, y porque la potencialidad anida en todo ente exis-

⁸ *I Suma Teológica*, q. 47, a. 1c.

⁹ Según el "principio copernicano" no se podía sostener en sus investigaciones una posición privilegiada de la tierra o del hombre, por la monotonía de un cosmos relativamente uniforme ("principio cosmológico"). El hombre se vería como un ser insignificante, absorto ante la inmensidad de los espacios siderales y ante la indiferencia que parecía mostrar la materia con relación a él mismo. Cf. SANGUINETI, J. J., *El origen del universo*, Educa, Buenos Aires, 1994.

¹⁰ "Parafraseando a Descartes: *Cogito, ergo mundus talis est*", *Ibid.* p. 227. Según esta última perspectiva, lo que podemos esperar observar del universo está limitado por nuestra presencia como observadores, de modo tal que en algún estadio el universo ha de permitir la creación de observadores en su interior (*principio antrópico*).

tente, explicando lo dado, lo por venir o aquello que habrá de cambiar. En verdad, lo que siempre ha pretendido el moviismo de cualquier signo, y también lo hace el evolucionismo ecológico, es que se acepte la transmutación de unas especies en otras, incluso que la vida provenga de la materia inanimada, recurriendo al azar y contradiciendo el principio de que "lo más no puede provenir de lo menos". Además, para desacreditar el naturalismo, sobre todo el medieval, se habla de un fijismo "bíblico-religioso" sustento de la interpretación científica. En último término, la preocupación es desacreditar el "creacionismo", sin argumentación racional, y no tanto por negación de un Ser Supremo, sino porque aceptarla implicaría reconocer la causalidad natural, la teleología y un orden inteligible.

En *II Contra Gentiles*, 39, Santo Tomás argumenta contra los antiguos naturistas quienes afirmaban que la "distinción de las cosas que vemos en el universo no se verificó por una intención ordenadora, sino por el movimiento fortuito de la materia". Incluso más, las diferentes partes del universo tienen un sentido en su existir, fueron queridas y así incluidas en el orden natural, porque el fin de cualquier producción es lo bueno y lo óptimo y no el azar. "Ahora bien, lo bueno y lo óptimo del universo consiste en el orden de las partes entre sí, el cual no puede darse sin distinción, pues por este orden se constituye el universo en su totalidad, que es lo óptimo de él".

Sin embargo, la refutación más contundente contra el fijismo de la creación, que dejaría al universo inerte en su devenir y a su Creador cruzado de brazos después de los siete días, es la metafísica tomasiana de la "causación del acto de ser (*esse*)". Pues, la creación es propia de la causa universal, en tanto que es la producción del ser total (*esse absolute*), de todo lo que es, es la actuación primera, es la puesta en acto de todo lo que es, tanto en su acto de ser como en su esencia. Es lo que se denomina "causación trascendental del acto de ser"¹¹, que hace al ente en acto en toda su sustancia, produciendo la subsistencia total de la cosa, e. d. su esencia y su acto de ser, y no sólo educiendo la forma en la materia. Pero, en el devenir del universo entra la intervención de las creaturas, de todas ellas. Es la "causación predicamental", cuya virtualidad no produce a los entes en su totalidad, sino exclusivamente en el orden del devenir; causa contraída a una determinada perfección genérica y específica (causalidad unívoca). Es causalidad participada y por lo tanto segunda y asistida (providencia), lo cual confirma que, una vez dada la configuración original de los entes, el universo mantiene su ser en la medida que mantenga su actividad. Y esto significa cambios y transformaciones, sin negar un sujeto bajo el cambio.

¹¹ *II Cont. Gent.* c.16.

b. Antropología y ética ecológica: el puesto del hombre en el cosmos

Me he extendido en el punto anterior porque es en la filosofía natural donde se sus-
tenta cualquier teoría ecológica. Por otra parte, si bien he ofrecido una mínima pincelada, se
puede comprobar que en Tomás hay una teoría ecológica casi explícita en torno a su tratado
de la creación y de la providencia divinas. En ese contexto, podemos ubicar el puesto del
hombre en el cosmos y la posibilidad de hablar de una “ética del medio ambiente”.

Lo primero que corresponde aclarar es que la bondad diversa y múltiple que engala-
na la magnificencia de la obra creadora no niega, muy por el contrario hace al mismo orden
natural, la gradación entre los entes. Así, “las creaturas menos nobles se ordenan a las más
nobles, como las inferiores al hombre se ordenan a éste y, ulteriormente, todo el conjunto
de las creaturas se ordena a la perfección del universo”¹². “Y así, las plantas viven de la
tierra; los animales de las plantas, y los hombres de las plantas y animales [hoy se hablaría
de la “cadena del ecosistema”]. De donde se infiere que este dominio sobre los animales es
natural al hombre”, porque si bien animales y hombres participan de la prudencia (imagen
en ambos de la Providencia divina), en los animales se refiere sólo a sus actos particulares,
mientras que en el hombre se encuentra la prudencia “universal” que informa todo dina-
mismo posible¹³.

Sin embargo, a pesar que las creaturas corporales de este mundo hayan sido produ-
cidas por razón de los seres humanos, esto no significa que carezcan de sentido en su exis-
tencia, porque también fueron producidas por amor de la bondad divina y gozan de la asis-
tencia providente en su devenir. En verdad, Dios ama todo lo que existe, “porque por el
hecho de ser, es bueno, ya que el ser de cada cosa es un bien, como asimismo lo son cada
una de sus perfecciones (...). Luego, una cosa tiene el ser o algún bien cualquiera, en cuan-
to Dios lo ha querido (...) y, como amar es precisamente querer el bien para otro, síguese
que Dios ama todo lo que existe”¹⁴. Nuevamente, el orden providente asegura, desde la
misma existencia de todo lo creado, su sentido y valiosidad para ocupar su lugar en el uni-
verso.

Desde este contexto, ¿se nos permitiría hablar de una "ética del medio ambiente" o
un "derecho de los animales o de los vivientes en general"? En principio, siendo la libertad
materia propia de la moralidad y de la ética, la moral resulta un asunto exclusivamente
humano. Podría darse un sentido "analógico", si la libertad humana y su responsabilidad

¹² *I Suma Teológica*, q. 65, a. 2c.

¹³ *Ibid.* q. 98, a. 2c. Con las dependencias y limitaciones (señaladas) propias de la relación entre causalidad trascendental y predicamental.

¹⁴ *I Suma Teológica*, q. 20, a. 2c.

resultaran afectadas por sus relaciones con el mundo no humano. Por ejemplo, actitudes de desvitalización o robotización del mundo, como ocurre en el uso extremo de la tecnología. Pero, el sujeto de atribución de lo moral sigue siendo sólo el hombre. Lo mismo ocurre con el posible "derecho de las plantas o animales", pues sujeto del "derecho" es sólo el hombre, quien puede ejercer el objeto de la justicia, que es dar a cada uno lo que le es suyo, lo cual va acompañado, necesariamente, de los respectivos "deberes". Y sólo el hombre lo es, porque el derecho supone la relación de alteridad y equidad que sólo el hombre como viviente racional puede captar. Al igual que la moralidad, entonces, puede darse una "normativa ecológica", entendiendo por tal ciertas prescripciones dirigidas al hombre sobre el cuidado del medio ambiente y la biodiversidad, ya que la ausencia de estas actitudes resulta desfavorable para su salud bio-psico-física o desvalorizan su cosmovisión del mundo y de allí, inevitablemente, de sí mismo, con el mundo, con las otras personas y con el Creador y Provedente del Universo.

3. Conclusión: ecología, el nuevo "dios verde"

Desde ciertas propuestas muy actuales, por ejemplo la de Ian BRADLEY, ministro de la Iglesia de Escocia, citado al inicio, se sustenta un evolucionismo ecológico en clave teológica, con el propósito de devolver al "Cristianismo su verdor escriturístico", olvidado o incluso contradicho, a su decir, por el dualismo agustiniano, la Reforma protestante y, sobre todo, las religiones occidentales que tienen fuerte presencia del racionalismo aristotélico y de la modernidad cartesiana. Esta tradición de pensamiento habría gestado ideas nocivas para el medio ambiente, causando la actual crisis ecológica. Ellas son: 1. el dominio despótico del hombre sobre el resto de la creación; 2. el ataque a la santidad ("desacralización") y misterio de la naturaleza, porque Dios sería un "tapagujeros" que se desentendió de su obra al séptimo día y 3. la desvalorización de la naturaleza a causa de las heridas ocasionadas por el pecado original.

De más está destacar el carácter infundado de sus declaraciones, sin argumentación lógica ni sustento histórico, y fuera del pensamiento católico de los Santos Padres, la escolástica medieval o el Magisterio de la Iglesia. Lo traigo a colación, entonces, porque su propuesta, a lo que entiende debe dar solución, tiene gran vigencia, porque siempre está la tentación de sumarse a lo que está en boga, en este caso, al ecologismo fundamentalista.

Una "teología ecológica", según Bradley, debiera asumir un holismo cósmico, aprovechando los aportes de la biología evolucionista, el relativismo de la física cuántica, la teología feminista y el aporte de las religiones orientales, para configurar, así, una "teología

dinamicista”. Dichos teólogos acuñan, al respecto, el término “panenteísmo”, pero no logran salvar la dimensión trascendente y sobrenatural de Dios, a la postre, optando por el universo. Según la teología dinamicista, la respuesta es el panenteísmo porque “la concepción de Dios no hay que buscarla pura y simplemente en la naturaleza, ni identificarlo con ella (que sería la postura panteísta), sino como penetrando la totalidad del cosmos, si bien permaneciendo en cierto modo fuera de él. Esta ruptura con la tradicional concepción cristiana de Dios, que ha tendido siempre a acentuar su radical trascendencia y separación respecto del mundo, tiene unas evidentes implicaciones ecológicas y puede responder, además, a una concepción mucho más bíblica”¹⁵.

Afirmé al inicio que el ecologismo, en la versión fundamentalista que prepondera hoy, se ha constituido en un recurso cultural de la globalización como se está extendiendo y aplicando. Porque, para la retórica planetarista de la globalización, es muy favorable un movimiento ecológico que prioriza la naturaleza infrahumana, porque al ser humano se lo entiende como el gran depredador y explotador. Incluso más, y por lo mismo, deben tomarse medidas para el control demográfico, diluyendo, a su vez, las identidades nacionales que afianzarían el reinado despótico del hombre. Nueva y conveniente oferta cultural: planetaria, consensuada, naturista e irracional. La tierra, desde el fundamentalismo ecológico o por el panenteísmo teológico, es desacralizada de raíces.

Dios ha muerto, la tierra pasa a ser la medida de todas las cosas.

Surge el nuevo dios verde.

María Celestina Donadío Maggi de Gandolfi

¹⁵ BRADLEY, *Ibid.* pp. 66-67.